LA DÉCIMA COLUMNA

Mago Sangó

LA DÉCIMA COLUMNA

Mago Sangó

Avant
editorial

Primera edición, enero de 2023
© Manuel Sánchez Gómez, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19584-98-4
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-10253-2023

Dedico este libro a todas aquellas mujeres y hombres que sin saberlo y sin quererlo les metieron en una guerra fratricida, perdiendo en ella la honra, el orgullo, la dignidad, y en muchos casos la vida. Les llegó la muerte pidiéndola, cansados del sufrimiento al que estuvieron expuestos, su único pecado fue vivir en el sitio equivocado.

Mago Sangó

«No es fácil dirigir a hombres, empujarlos; en cambio es muy sencillo.»

Rabindranath Tagore

Soldados, la patria
nos llama a la lid,
juremos por ella
vencer, vencer o morir.

Himno de Riego
Segunda República

CAPÍTULO 1

Carretera 340, principios de febrero del 37.

—Verás Edelmiro, quiero que esto quede entre nosotros.

—Tranquila Fátima, tú cuéntame lo que quieras yo no te interrumpiré ¿de acuerdo? Y será secreto de confesión.

Y empecé a contarle toda mi vida, empezando en cómo había perdido a mi madre.

Cuando el ruido de los aviones se alejaba empezamos a salir, sacudiéndonos la ropa que teníamos impregnada de aquel barro gris oscuro, y que nos habíamos llenado al llegar aquellos malditos monstruos voladores, ya que el pánico hizo que nos tirásemos en el cañaveral para escondernos, sin mirar donde caíamos. En aquel momento me percaté que mi madre no estaba y busqué a mi padre, a este si le divisé corriendo de arriba a abajo por el cañaveral gritando como un poseso:

—¡María, María! ¿Dónde estás por el amor de Dios?, ¿dónde estás?, ¡sal, ya se han ido!

—¡*Mama, mama*! —Empecé a gritar con desesperación.

No entendía nada, ¿por qué mi madre y los demás no salían?, ¿cómo podía pasarle algo si precisamente habíamos escapado de Málaga para que esto no sucediera? Mejor hubiera sido quedarnos en el Palo y ahora estaríamos en casa sin pasar frío ni hambre, ni sentir el tremendo cansancio que sentíamos en todo nuestro cuerpo; peor no nos podía haber ido, bueno o quizás sí, pues también estaba el secreto familiar, aquel secreto que María,

mi madre, me había hecho jurar que no lo diría a nadie, y que según me dijo debía olvidar, y a veces lo conseguía, como en esta ocasión, aunque hacía poco que había sucedido y a veces se me venía a la mente sin desearlo, pero ¿dónde estaba mi madre?, ¿por qué no salía? De pronto escuché a mi padre y pensé que los peores presagios se habían cumplido.

—¡María, no!, por favor despierta.

Estas palabras me pusieron en alerta y me sacaron de mis pensamientos, y dirigí mi mirada hacia donde había oído aquellas palabras desgarradoras de mi padre. Lo localicé saliendo del cañaveral con el cuerpo inerte de mi madre con la ropa teñida de sangre, por lo que deduje que ella estaba herida. Yo no podía imaginar quedarme sin mi guía, pero al llegar ante mí, mi padre me dijo con lágrimas en los ojos, momentos antes de depositarla en una gran piedra que los malditos barcos habían desgajado de aquella pared que formaba el acantilado y que le serviría de duro camastro para el descanso eterno o hasta que vinieran a recogerla:

—Hija, «mama no ha dejao».

Seguidamente lloramos abrazados desconsoladamente hasta que los supervivientes nos indicaron que debíamos continuar para que aquella muerte tuviera su razón de ser.

—Pero *papa* ¿cómo vamos a dejar a *mama* ahí tan solita?

—Hija esa ya no es *mama*, *mama* a «salio» del cuerpo y está en el «sielo».

Seguimos nuestro camino con algunas bajas que ya no nos acompañaban como el caso de Macario e Inés, que murieron como ellos querían, juntitos y agarrados de la mano. Entonces me di cuenta también que mis amigas no habían venido a consolarme, miré alrededor buscándolas, pero no las encontré, solo pude ver a la madre. La señora Matilde, que caminaba con la mirada en un punto lejano, pegando de vez en cuando algún tropezón en las piedras sueltas del camino. Entonces me abracé a mi padre pensando que por lo menos me quedaba este y ahora yo ocuparía el puesto de mi madre, y cogiéndole de la mano comencé a caminar a su lado recordando el porqué de todo aquello, pero sobre todo por qué aquella dulce caña de azúcar se había convertido en tan amarga para todos nosotros. Noté como en mi interior se iba formando un rencor por un ser que si antes había temido, ahora odiaba, arrastrando las palabras en mi mente como si fuera una alimaña diciendo:

—Don José.

—¿Decías hija?

—Nada padre, nada.

Provincia de Málaga, unos años antes.

Yo había vivido siempre en Málaga, primero en los Montes donde se habían conocido mis padres. María, mi madre, era una mujer que para mí era la más guapa, la verdad era un poco pasión de hija, porque según me decían mis amigas no era muy agraciada en su físico y más de un enfado había tenido con ellas, pero esto lo sustituía con otros muchos valores que poseía: era culta, inconformista, con un gran corazón, noble, muy cristiana, maestra de escuela en Colmenar durante el día y por la noche daba clases a los analfabetos adultos hasta que se casó. Allí acudía mi padre porque tenía inquietud por aprender a leer y a escribir desde que llegó de la mili, donde le habían enseñado las primeras letras, ya que desde que él recordaba lo único que hizo fue trabajar. Él era jornalero, y su definición es que era un hombre bueno preparado para obedecer: obedecer al amo, a mi madre, a la autoridad y a todo aquel que le mandase, pero que le mandase con rectitud. Su carácter era seco como la tierra que le vio nacer, Almería, pero a la vez noble e íntegro.

En aquel momento elevé la mirada para mirar a mi padre y me fijé en su tez cuarteada por el sol como la tierra de sus ancestros y tan envejecida que le hacía parecer mucho mayor de lo que era, también vi que la camisa que llevaba puesta era la misma con la que subió a los montes y que se le llenó de sangre y mi madre había lavado la noche antes de salir para aquel maldito viaje, me fijé y vi que ahora la llevaba también llena de sangre, pero esta vez de mi madre, quise quitarme aquel pensamiento de la cabeza y seguí recordando el pasado, cuando mi padre se afeitaba y bromeaba conmigo, me llenaba la nariz de espuma de jabón, entonces simulaba enfadarme y él me decía: «No te enfades, anda límpiame la maquinilla, pero con "cuidiao" de no cortarte y déjala bien limpia hasta que se vea bien el nombre de la cuchilla».

Entonces yo leía: «Patria», «Venus», o la «Regional». Eran las tres marcas que utilizaba, por fabricarse estas en Málaga, y según decía mi padre: «Hay que "comprá" productos de aquí, eso hace que tengamos más puestos de trabajo y así los malagueños podrán "trabaja"».

De nuevo se me vino a la cabeza mi madre y sus largos discursos de política, según decía ella: «Todo lo que pasa es culpa de un hecho ocurrido dos años antes de que tú hubieras llegado a este mundo.

»El desastre de Annual en la guerra de Marruecos había provocado que llegase la dictadura de Primo de Rivera aunque el rey era el que gobernaba, y que España se empobreciera aun más, produciendo en algunos casos envidias entre los militares que permanecieron en la península y los que

marcharon a la guerra, ya que aunque hubo muchos que perdieron la vida los que solo fueron heridos en aquellas tierra consiguieron ascender con mucha más rapidez, esto hasta formar dos sociedades: UME y la UNRA.

»Entre ricos y pobres se había reavivado el odio que ya existía, pero que se ha agravado cuando ha llegado el empobrecimiento del país. Este odio no termina aquí, porque la Guardia Civil a su vez es odiada por los civiles, la iglesia es odiada por los trabajadores que ven como esta se pone del lado de los patronos, los políticos del PSOE se oponen a las nuevas ideas que vienen de Europa, el comunismo, porque estas son diferentes, pero por otro lado iguales, y que a su vez odian a los de derecha.

»España es una coctelera llena de odio aderezado con unas rajitas de hambre y unos cubitos de ignorancia, solo hacía falta removerla y de allí salía un golpe de Estado o una revolución dependiendo de donde viniera la cosa, pero tanto las derechas como las izquierdas tarde o temprano la liarán».

Recordaba cuando mi madre leía a mi padre todos los periódicos que caían en sus manos mientras este a mí me tenía cogida en su regazo. En aquel momento recordé el tacto de la vieja pana de los pantalones de mi padre, usados por este en el frío invierno y el caluroso verano. Como era tradición se había hecho dos trajes y varios pantalones de este tipo y como también era tradición llevó uno para casarse y llevaría otro para ser enterrado, esto último en los tiempos que corrían ya no era tan seguro. Después de cenar en invierno ante un buen brasero de picón hecho con jara, o en el zaguán de la casa esperando que llegase una brisa del mar que eliminara el calor del «terra», que era un viento muy cálido que se metía en Málaga cuando soplaba el poniente, mi padre preparaba el carburo para que en la oscuridad de la noche mi madre pudiera leer. Ahora me daba cuenta de que con lo poco que habíamos tenido era cuando más felices habíamos sido, en aquel pequeño lagar cercano al camino de Colmenar y al arroyo de don Ventura, donde mi padre había hecho una poza para retener el agua de la lluvia y donde mi madre y yo bajábamos a meter los pies para refrescarnos en verano hasta que se secaba, y el mirador donde subíamos desde nuestra casa por las noches estivales, porque desde allí divisábamos Málaga y jugábamos a reconocer edificios de la ciudad, desde aquella altura era como un balcón sobre la ciudad de Málaga. En aquel momento recordé también la gracia que le hizo a mi madre cuando le pregunté:

—¿*Mama* qué es eso que hay ahí que pone un ocho y unas letras?

—Hija eso es un mojón kilométrico y quiere decir que desde aquí a Málaga hay ocho kilómetros.

Esto último no lo escuché de la risa que me entró, cuando paré de reír me lo tuvo que repetir y cada vez que subíamos a lo que llamábamos el mirador para coger el autobús que nos llevaba a diario hasta Colmenar yo me ponía a reír sola y mi madre me decía con una sonrisa que se le iluminaba la cara: «¿Qué, ya estás con lo mismo?»

Y llegó el final de la dictadura de Primo de Rivera y la dicta blanda de Berenguer, como la llamaron en los periódicos y que a mí me causaba tanta gracia, pero a mi madre no le hacía tanta, sabía que llegaban nuevos e inciertos tiempos, desde el pacto de San Sebastián el Rey estaba sobrando, igual que los dos anteriores, los republicanos se encargaron de hacer ver a todos los que quisieron escuchar que todos los males que sufrían eran culpa de la monarquía. Por su parte, las clases medias no perdonaban a la dictadura y a los dirigentes, ya no tenían en la monarquía una confianza de continuidad, y en esa estaban cuando llegó el mes de abril del 31.

A mi madre le gustaba contarme la historia reciente para que la recordara cuando fuera mayor, y yo que a aquella corta edad era una esponja iba formando en mí un libro de historia: «La república necesitaba sus mártires y encontraron los tontos útiles que necesitaban en las personas del capitán Fermín Galán y el teniente García Hernández del acuartelamiento de Jaca».

Según los periódicos de la época los del pacto de San Sebastián fueron encarcelados poniéndolos al mismo nivel que los militares, pero aquellos fueron fusilados, y le tocó mover fichas al rey y no se puede decir que muy inteligentemente, en vez de ceder él lo quiso solucionar con una mini demostración democrática y convocó a unas elecciones municipales, un gran error porque las primeras votaciones que llegaban eran las de las grandes ciudades donde dominaban los republicanos y estos no iban a permitir dejar pasar aquella oportunidad. Las elecciones se celebraron el día 12 de abril y el 14, tras conocer los primeros resultados, estaban expulsándolos del país.

Las noticias llegaron tarde a casa, porque mi madre recogía los periódicos del casino de Colmenar una vez que los habían leído todos los socios. Supimos por la prensa que habían ganado los monárquicos a la vez de la expulsión del rey, entonces mi padre, que siempre le preguntaba a ella cuando tenía dudas, esta vez no sin algo de ironía dijo:

—¿Y es legal y democrático que Alcalá Zamora presida un gobierno que la mayoría no ha elegido?

Ella se defendió atacando.

—Tan legal y democrático como que un hombre por muy analfabeto que sea pueda votar y yo no, por cierto, ¿cuándo votaste para que la jefatura del Estado recayera en el Rey?

Cuando mi madre se irritaba tanto, Marcos, mi padre, callaba y ya no preguntaba más. Pues en estos caso él recordaba a aquella maestra que le había enseñado a escribir y que él todavía tenía en un pedestal.

En uno de aquellos periódicos que llevaba a casa, mi madre leyó algo que le sonó a «guasa», pero mi padre y yo nos miramos sin entender.

Al presidente don Juan Bautista Aznar, el lunes 13 de abril, a la entrada al palacio de Oriente para celebrar el consejo de ministros le preguntaron:

—¿Habrá crisis de gobierno?

Él había contestado:

—¿Qué más crisis de gobierno quieren ustedes que la de un país que se acuesta monárquico y se despierta republicano?

En los periódicos del día 15 que leyó días después mi madre decía que «el rey había resignado el poder al almirante Aznar».

Los periódicos también informaban que cuando todos creían que el rey acompañado por la familia real había marchado a Lisboa, este había marchado hacia Cartagena, mientras el resto de la familia había salido del palacio real por la puerta del moro en varios coches hacia el Escorial, y partieron al siguiente día en tren con destino a París. Mi madre dijo:

—Esto lo habrán hecho por motivos de seguridad.

—¿Pero qué les podían hacer si ya se iban? —preguntó mi padre ignorante de la historia.

—Mira lo que pasó en Rusia en la revolución que mataron a toda le familia del emperador.

Como recordaba aquellas noches de lectura después de cenar, una vez retirados los platos de la mesa. Mi madre se iba a por los periódicos y ponía un par de pequeños vasitos mientras mi padre lavaba los platos, vasos y cubiertos utilizados en la cena, yo también ponía la botella de vino dulce del que mi padre escanciaba en los vasos y seguidamente me decía: «Ven Fatimita que te coja, y ahora ya silencio y a escuchar a *mama*».

Esto lo recordaba desde bien pequeña, quizás una de las primeras cosas que recordaba de mi corta vida era que yo fui una de las personas más informada de políticas en este país gracias a que desde que podía recordar había estado haciendo lo mismo.

Recordaba la alegría de los vecinos de mis padres y también de mi madre, según nos contaba un vecino:

—No os podéis «imagina» las fiestas que se están celebrando en Málaga, la alegría en las calles, aunque también he de «desiro que argunos descastao han sacao to su odio e inquina, y han quemao er sirculo mercanti, y han cogio latatua de Larios y lan hecho desapareser, y lan cambiao por

un pedeta dedicao» a un tal capitán Galán que no sé que habrá hecho por Málaga, o por los malagueños.

Entonces yo poniendo cara de intelectual, según decía mi madre, le contesté:

—Es el capitán que se levantó en Jaca a favor de la república y que fue fusilado.

—Que «sabijonda» la criatura que «enterá» está de la política.

—Pues dice mi madre que a pesar de saber tanto no me dejarán votar, mientras sí se lo permiten a todos los ignorantes, claro que así nos va.

Esto lo decía una cría de ocho años. Y antes que las cosas fueran a peor mi padre cortó el tema diciéndome:

—Los niños no se meten en conversaciones de mayores.

Y a la vez al vecino.

—Yo espero que esta alegría no se vuelva desazón.

Qué razón tenía mi padre, aquí estábamos los dos solitos sin la guía de la familia. Mi madre sabía mucho porque tenía estudios, pero mi padre a pesar de su ignorancia era muy listo porque estaba harto de recibir bofetadas de la vida y así esta le dio su listeza. Mi madre todo ese tiempo estuvo protegida por su familia, se crió en Madrid, donde el padre era profesor de un gran colegio, por lo que no pasaron necesidades. Ella se enfadaba con mi padre y le decía:

—¿Por qué no disfrutas como todos los demás de esta libertad? Ahora se podrán lograr muchas cosas.

Él, que era de pocas palabras, contestaba con una pregunta:

—¿Cómo qué?

Mi madre irritada le decía fuera de sí:

—¡Podremos elegir quien nos gobierne y podremos tener más derechos!

—¿Pero tú cobraras más o trabajaremos menos? Yo creo que esto está hecho para los políticos y los únicos «beneficiao serán ellos y nozotros estaremos igua si no peó porque habrá má boca que mantene, y al fina servirá solo pa elegi quien será el que nos ha de jase pasa jambre».

—Pues mira ya que lo dices, tendremos libertad de reunión, donde podremos discutir los salarios y las condiciones de trabajo y si es necesario hacer huelgas. Y por favor habla bien como cuando lees.

—No sé, no sé, cuando lo vea ya hablaremos.

De pronto se me fueron los pensamientos y me acordé de mi madre y miré para atrás para ver si se la veía, pero ya había desaparecido en una de las curvas que tenía la carretera, que sinuosa avanzaba por los acantilados. Al

pasar por uno de estos vi como avanzaba un reguero de gente que parecía una serpiente, de pronto sentimos un estruendo, era un barco de guerra que disparaba contra las paredes del acantilado, que al desprenderse las piedras herían a los que caminábamos, si no nos mataban. La gente ahora corría horrorizada a buscar un refugio. Entonces mi padre me dijo:

—Mira descansemos detrás de esas piedras, y ya continuaremos esta noche.

Allí descansamos, cogiendo a la señora Matilde que seguía con la vista ida, pero a mí lo que me extrañaba es que no soltara ni una lágrima por sus hijas. Yo agarrada al brazo de mi padre, como temiendo que se me fuera a escapar, cerré a continuación los ojos, pero no para dormir, sino para recordar el por qué habíamos llegado hasta allí, lo hacía como me habían enseñado en la catequesis, era un examen de conciencia hasta que el cansancio me venciera.

Pronto mi madre se llevó el primer disgusto con los nuevos tiempos y fue cuando se comunicó que la nueva constitución, entre muchos de sus artículos, acogía el del principio de laicidad. Como siempre nos enteramos por un artículo de uno de los periódicos que nos leía mi madre, en él también hacían referencia a la dimisión del presidente don Niceto Alcalá Zamora, el 14 de octubre, por no estar de acuerdo con cómo se recogió el laicismo en la nueva constitución. Fue sustituido por Manuel Azaña, y el primero volvió a ser nombrado hasta el 7 de abril del 36, eso sí, legalmente elegido. A mi madre el tal Manuel no le agradaba, decía que era masón, que por lo que me explicó era como una organización que en ciertos aspectos parecía estar a medio camino entre un sindicato o una religión, el caso es que según ella «este ha metido a todos sus compañeros masones y lo que han hecho ha sido una constitución a su imagen y semejanza y por supuesto en contra de su principal enemigo: la iglesia, y a favor de sus aliados: los republicanos».

En otra ocasión mi madre un día llegó muy enfadada: «Esto no puede ser, que mal veo el futuro».

De pronto me sobresalté, mi padre me zarandeaba.

—Hija lo siento tenemos que aprovechar la noche para avanzar antes de que nos corten el camino y que la muerte de tu madre no sirva para nada.

Era noche cerrada habían pasado muchas horas y había podido dormir por el cansancio acumulado, de lejos se oían los motores de los acorazados, que bien vaticinó mi madre que la iglesia se cogería al ejército, pero como ella dijo lo malo era que no todo el ejército se levantara, «si era así sería un

golpe de Estado, mientras si este se dividía vendría la guerra», que era lo estábamos viviendo.

En cuanto ella pudo se hizo de una constitución en una librería de Málaga. Cuando la consiguió lo primero que hizo fue llegar a casa y como todas las noches se puso a leer, pero aquella noche no fueron los periódicos si no la constitución del 31, bueno, lo que le interesaba:

—«Todas las confesiones religiosas serán consideradas como asociaciones sometidas a una ley especial». —Y terminaba con otro de los mil improperios que tenía en contra de la iglesia—: «Los bienes de la iglesia podrán ser nacionalizados».

Estando la constitución sobre la mesa yo me fijé en que la bandera que aparecía en la portada no era igual que la de antes, pues esta tenía una barra morada.

—Este artículo 26 desatará en España todos los males que sufriremos los más inocentes. —Y a esto le añadió—: Qué barbaridad.

Y mi padre:

—La iglesia perdona, pero no olvida.

El lío estaba servido y la república se había buscado el peor enemigo posible. El nuncio Federico Tedeschini mandó telegramas a todos los obispos para que tanto estos como los sacerdotes y los feligreses acataran el poder constituido para el mantenimiento del orden y el bien común, pero como exaltados los había en todos lados, el grupo más radical dentro de estos, capitaneado por el Cardenal Primado y Arzobispo de Toledo Pedro Segura, hizo una pastoral, en la que tras abordar la situación española vaticinaba la catástrofe que se nos venía encima a la vez que elogiaba a la monarquía así como al monarca destituido. Días después de haberse hecho pública la pastoral, el 10 de mayo afloró el odio que estaba encubado contra la iglesia, el detonante fue que por medio de los periódicos de izquierda se informó que el mismo día de la inauguración del círculo monárquico habían asesinado a un taxista republicano, hecho producido por un miembro de esta nueva sociedad. Cuando los periódicos con esas noticias llegaron a otras ciudades ese odio enquistado entre los provincianos salió al descubierto y empezaron las quemas de conventos e iglesias. En Madrid se habían reunido cientos de personas ante la sede de diario *ABC* y la guardia civil había intervenido ocasionando dos muertos, entre ellos un niño. Mi padre hizo un comentario que me heló la sangre:

—Esto es el principio del fin, a partir de hoy vas a leernos muchas noticias de muerte y destrucción.

—Mira que eres catastrofista verás cómo no pasa nada, desde luego como eres, con esto lo único que consigues es asustar a la niña, verás cómo las fuerzas del orden se imponen y dan castigos ejemplares para que todo vuelva a ser como antes.

—Antes estábamos en una monarquía y en una dictadura, pero hoy día hay libertad y no estamos preparados, porque como tú dices, y te doy la razón, hay mucha ignorancia. —Le contestó mi padre.

El día 11 nos sentamos como todas las noches para que mi madre nos leyese los periódicos.

—Los titulares hoy son la quema en Madrid de un convento de los Jesuitas, Maura en reunión de gobierno ha pedido que saliera la guardia civil a pacificar la situación, pero el resto del gabinete encabezado por Azaña ha desestimado la petición alegando este último «que todos los conventos de Madrid no valían más que un republicano».

Mi padre comentó:

—Ya han empezado, a ver quién lo para ahora, porque si te das cuenta el gobierno no lo va a parar.

Yo recordaba cómo había vivido aquella situación. En ese momento dije asustada mirando a mi madre:

—¡*Mama*!

—¿Qué te pasa hija?, ya has asustado a la niña.

Yo negaba con la cabeza, entonces señalé en dirección a Málaga. Se veía una estela de luz nada más, porque desde donde nos encontrábamos no se divisaba la ciudad. Yo en un principio creí que sería una aparición de la virgen, entonces recordaba que mi padre miró a mi madre y le dijo:

—Voy a «zubi a ve zi dede er mirao puedo ve que é lo que é».

Mi padre cuando se ponía nervioso le salía su andaluz más puro, pero esta vez no le corrigió mi madre. Subió al mirador en el que en verano íbamos para desde allí ver la ciudad, y era una zona que con luna llena nos gustaba ir sobre todo a mí, era donde se encontraba el mojón. Mi padre tardó poco en volver y por el aspecto de su cara lo que vio no debió gustarle, pero delante de mí no comentó nada y cuando le pregunté:

—¿Padre qué pasa?

Lo único que contestó fue:

—Vete a dormir que ya se ha hecho tarde.

Y como yo me las sabía todas me escondí detrás de la puerta para enterarme de lo que había pasado, como hacía otras veces. Ya a solas mis padres hablaron y este dijo lo que pasaba:

—Está ardiendo todo Málaga, es una vista horrorosa, esperemos que las llamas no continúen hacía los montes, es como un brasero de picón que ahora brilla por un lado y más tarde por otro según echan al fuego un cristo, una virgen o un banco de iglesia.

Esa noche no pudieron pegar ojo, cuando no era uno el otro se levantaba y les oía decir:

—Ahora hay más resplandor o todo sigue igual.

A eso de las cinco de la madrugada mi padre se levantó y cuando volvió a la cama dijo:

—Parece que ya ha terminado todo y que las llamas remiten.

Cuando mi madre pudo conseguir el periódico atrasado, donde anunciaban la tragedia de lo ocurrido en Málaga, esa noche no pude esperar y me puse a leer el titular: «Una trágica y maldita noche».

Días más tarde mi madre nos leería que aquella noche las hordas habían terminado con la historia de muchos años y que aquello solo había servido para que robasen todo lo de valor que había en aquellas iglesias que más tarde habían quemado. Una de las más perjudicadas fue la de la plaza de la Merced, sede del Cristo de la Sangre, que habían quemado delante de esta en una pira junto a los bancos, el Cristo de Mena también había seguido este mismo camino. También anunciaban que el comandante militar de la plaza, el General José Gómez Caminero, había mandado un telegrama a Azaña en el que decía:

—Han comenzado los incendios de iglesias, mañana continuarán.

Al hacerse público el general fue destituido y más cuando se supo que había retirado las fuerzas de orden público de las calles. Mi madre al leerlo comentó:

—Ves como se va imponiendo el orden, y no importa que sea general o sargento el que la hace la paga.

—Que ingenua eres, pues no ves que ese es uno de los suyos, verás como pronto le rehabilitan —dijo mi padre.

Tiempo después mi madre tuvo que darle la razón cuando leyó en los periódicos que este general había sido ascendido a general de división y nombrado inspector general del ejército, que por lo visto era un cargo muy importante. El comentario de mi padre fue:

—Temo la represalia de la iglesia, esto no lo olvidarán.

—Lo que ha pasado no tiene nombre, pero igual que te digo eso también te digo que esto ha sido una gota de agua que no va a enturbiar el agua del océano que es la república y que serán más los beneficios que los perjuicios. Con el tiempo recordaremos esto como una anécdota que tuvimos que

pasar para encontrar la felicidad, o si no fíjate en Rusia, ahora allí son felices aunque en la revolución murió mucha gente. —Le contestó ella convencida de lo que decía.

—Eso quien lo ha visto, yo no creo «na ma» que en lo que veo y no en lo que me cuentan, ya me han «engañao demasía» veces.

—¿Pero por qué hacen esas cosas los mayores? —Les pregunté en ese momento dejando a mi madre sin saber que decir.

Entonces fue mi padre el que me contestó dejándonos a las dos con cara de sorpresa porque no esperábamos tal respuesta por parte de él:

—El paso del tiempo a algunos hombres les da sabiduría, a otros prudencia, y a otros, a otros solo les da años.

Después de dar un suspiro salió a fumarse un cigarrillo de picadura que él se liaba y que fumaba en la calle para no molestarnos a nosotras.

—Perdona hija que te interrumpa, ¿pero cómo llegasteis a conoceros tú y tus amigas?

—Padre le cuento sus vidas y cómo llegamos a conocernos, porque nuestras vidas no tuvieron desperdicio.